CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS · SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA DE LA BIBLIOTECA

Núm. 12.

No me Olvides;

PERIÓDICO

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

23 *de julio de* 1837.

Los señores suscritores de las provincias cuyo abono termina en fin del presente mes, se servirán acudir á renovar este á los respectivos puntos, si gustan no sufrir retraso en el envio de nuestro periódico.

Arquitectura.

(Véase el número anterior.)

Sin alejarnos pues del objeto de nuestras observaciones, ó en confirmacion de la idea que acabo de esponer, séame lícito recurrir á un recuerdo de que acaso alguno de mis lectores puede haber sido testigo recorriendo la Italia, esa preciosa urna empolvada que encierra los restos de una antigua sociedad grande y civilizadora. En efecto, hácia el año de 1834 se ha visto en Roma uno de los espresados fragmentos pintados del mismo Partenon de Atenas, llevado allí por un arquitecto aleman, que habiendo medido dicho monumento para hacer su *restauracion* (1), le ha observado muy atentamente.

No pudiendo pues dudar, en vista de la mas completa realidad, de la existencia de esos fragmentos de arquitectura griega pintados, pues es cosa ya muy conocida de todos los viageros y del mismo que esto escribe, como arriba ha indicado; solo resta saber si la pintura de los tales trozos de fábrica pertenece á la misma época que los monumentos de que hacian parte. Pero esto está libre de toda duda: porque siendo el carácter el mismo,—tanta la union en la espresion del arte en estos fragmentos pintados; estos colores sobrepuestos, forzosamente llevan el sello de la misma edad artística, cuya celebridad parece tener vinculada la memoria de los hombres de todos los siglos. Atendamos ademas á la historia que nos presta su autoridad en apoyo de nuestra conjetura. Despues de esta edad brillante de la sociedad, los cartagineses invadieron y ocuparon la Sicilia, antes conocida con el nombre de Magna Grecia, y en seguida los belicosos romanos, conquistadores y dueños de la Grecia entera, la convirtieron en provincia suya; pero ni los primeros fueron capaces de conservar en la pintura de los monumentos el carácter de aquellas creaciones maravillosas, y por consiguiente no pertenece á los cartagineses el color de los referidos fragmentos: ni tampoco los segundos, que si bien aprendieron la arquitectura de los griegos, cambiaron su carácter para acomodarla á la forma de

su sociedad, y hacerla en un todo útil á las exigencias de ésta.

De bien distinto modo pensamos nosotros, al parecer, que los romanos. Teniendo en la mayor parte de nuestras catedrales y templos una arquitectura que justamente pudiéramos llamar *nacional*, á saber, esa arquitectura llamada vulgarmente gótica, esbelta, elegante, solemne y caprichosa, diferente—(por una tendencia particular, y no muy fácil de percibir á la arquitectura árabe, voluptuosa, esmaltada y calada, como la concepcion pomposa y transparente de la poesía oriental)—de la denominada godo-germánica, de la gótica francesa de Lyon y de Strasburgo, y finalmente de la italiana con su tendencia visible á la sencillez greco-romana: teniendo, repito, una arquitectura como esta, tan propia de nuestras costumbres y de nuestras creencias, descuidamos completamente su exámen, su estudio, hasta el estremo de desconocerla é ignorarla, abandonamos el arte prodigioso de nuestros mayores, y cuando (lo que desgraciadamente rara vez sucede) nos encontramos con una obra de gusto entre manos, aunque no sea mas que una decoracion del momento de carton y lienzo, vamos á desenterrar de las ruinas de Italia un miserable plagio para unirlo á otro plagio de Grecia y formar, llenos de satisfaccion, nuestra raquítica é insignificante composicion. En una palabra, y no cansaremos mas con esta digresion, descuidamos el cultivo de una planta indígena, tan preciosa, filosófica, y legítima en el suelo que le dió orígen ó la adoptó.

Volviendo á nuestro objeto, quizás podríamos encontrar algunas pruebas mas de que los griegos empleaban la pintura en la decoracion de sus monumentos en las épocas anteriores y posteriores á la suya. Porque, en efecto, constando, como pocos ignoran, que los egipcios la empleaban con profusion en sus obras, ¿qué mucho que los griegos, imitadores suyos en tantas cosas, lo fuesen tambien en esto, que de ningun modo repugnaba á sus usos y á su religion? Por otra parte, los romanos que siguieron á los griegos, y que, como lo he indicado, adaptaron la arquitectura de éstos á la filosofía de sus fábricas, si bien no la copiaron del todo, debieron usar tambien de la pintura en la decoracion; y es muy de creer que asi lo hicieran, pues los primeros monumentos que levantaron, por lo general de piedra tiburtina y tufo, conservan aun parte de un revestido de estuco duro y muy fino, que bien se conoce ser una preparacion para poner encima los colores. Y sino ¿á qué cubrir la piedra con una capa de menor solidez y desagradable á la vista? Ademas, si esto hacian en la infancia del arte, en la época de su mayor perfeccion, ya pensaron en hacerlo de un modo estable y seguro. Al principio pintaban la piedra; últimamente la buscaban ya colorada por la naturaleza. Asi que para los monumentos de este tiempo empleaban mármoles de diferentes colores, cuyos matices y pulimento siempre duraderos les ofrecian la mayor ventaja con respecto á las tintas artificiales, precarias, y sin brillantez ni transparencia.

No hay en toda la Italia ruinas que inspiren un interés mas vivo que las de Pompeya; poco queda á la imaginacion que suplir en la contemplacion de aquel pueblo entero, depositado por tantos siglos en las entrañas de la tierra, y cuya desaparicion repentina lo habia de conservar para nuestra edad, casi en el mismo estado en que se hallaba el dia de la terrible catástrofe: — por consiguiente examinemos esta imágen viva de la antigüedad, leamos en este libro de lo pasado, en este trozo fósil de una ecsistencia remota, gloriosa y gigantesca, destinada á invadir la edad moderna, como la petrificacion de un viviente antidiluviano, como una letra gótica en una edicion reciente de Bruselas,—y acaso encontraremos la última prueba de nuestra idea. En efecto, muy poderosos fundamentos presenta esta

villa romana para convencerse de que los antiguos empleaban la pintura para la decoracion esterior de sus monumentos. Mas no se crea por lo dicho que supongo los monumentos griegos y romanos todos teñidos esteriormente, ó por mejor decir enmascarados ó embadurnados á la manera de nuestras modernas fachadas, y pintados como se pinta una puerta ó una ventana (2): solo supongo que empleaban la pintura con tanto tino como las demas cosas, y que siendo sus monumentos de piedra tiburtina, tufo y otras volcánicas — ó finalmente de mármol — la ponian mucho mas en aquellas que en éste; en el que solo la usaban para los fondos de adornos, con el objeto de dar á estas partes y demas accesorios de poco relieve el realce de que los priva el esbatimento de las grandes masas, y su misma sombra en ciertos periodos del dia.

He espuesto las principales razones que prueban el objeto de este artículo.-Cierto es que un asunto de tan alta importancia para la arquitectura merece un examen mas detenido; pero tambien lo es que esto solo puede verificarse con la medida y *restauracion* de los mismos monumentos:—lo que no tendrá lugar hasta tanto que convencidos los arquitectos de la utilidad que resultaria á ellos y á la nacion de sus estudios é investigaciones, presenten en las públicas esposiciones trabajos tales que dén á conocer la diferencia entre el que es verdaderamente *artista* y el que solo es *constructor*.

A. DE ZABALETA.

(1) Nombre que dan los arquitectos á la representacion en planas del monumento considerado en su estado primitivo.

(2) Esperamos ver en el nuevo Diccionario de la lengua admitida la palabra *pintador*, propuesta por *el Artista*, para diferenciar convenientemente el *arte noble* del *mero oficio*.

DESTRUCCION

DE SODOMA Y GOMORRA.

(Orientales de Victor Hugo.)

Hé aquí que dos ciudades disolutas,
Elevando su frente hasta los cielos
Bajo la espesa bruma de la noche,
Estaban con sus dioses y su pueblo,
Sus carros y ruido, y parecian
Dos hermanas dormidas en un lecho.
La sombra oscurecía aquellas torres,
La vista divisaba pavimentos,
Acueductos, pilares, escaleras,
Y un capitel trazado, un grupo inmenso
De elefantes teniendo la techumbre,
Y colosos en pié con risa viendo
Arrastrarse los monstruos que nacieran
De horrorosas caricias y de besos;
Jardines suspendidos con mil flores
Y cascadas despues con rico juego!
Cien ídolos de jaspe sobre el mármol
Con cabezas de toros en el templo!
Techumbres de una pieza en el alcazar,
Donde dioses inmóviles de hierro,
En círculo sentados, se miraban,
Y de verse reian tan horrendos!
Estas torres sombrías y palacios,
Estos puentes y arcos, y estos templos,
Con forma cada cual desconocida,
Arrastraban la vista en sus encierros.
Veíanse hasta el cielo, como cabos,
A estas tristes mansiones, estendiendo
Su mole que cubrian las tinieblas,
Y al través los mil arcos de aquel cerco,
Promontorio estendido, se veía
Una banda brillar de encaje negro.

Ciudades del infierno, do un instante
Sin un nuevo placer no se vivía!
Cada techo en sus muros ocultaba
Un inmundo placer, y corrompida,
Ulcera vil, manchaba el universo.
En el instante aquel ambas dormian,
Y en su frente manchada, llamas tristes,
Lámparas de los vicios, relucian;
Y en las calles quedaba de una hoguera
Una chispa tal vez entre cenizas.

Los ángulos de un muro emblanquecido
La monótona sombra interrumpian,
O temblaban al verse sobre el agua;
Y tal vez mil abrazos y caricias,
Y besos y suspiros en tal hora
Mil senos inflamaban de lascivia,
Y los hermanos pueblos muellemente
Con abrazos de amor se adormecian,
Y el viento perfumado, suspirando
Bajo el fresco sicómoro, corria
De Sodoma á Gomorra.—Tronó el cielo
Con furia tal cual no tronó jamás,
Y Dios dijo á la nube: "no haya vida
Para esos pueblos mas."

La nube rebienta,
Destroza su seno
El fuego de grana
Y la voz de trueno;
Ábrese cual sima
Cual azufre hirviendo;
En olas se vierte
Sobre entrambos pueblos,
Y en sus torres blancas
Se arroja tremendo,
Trémulo, abrasado
Su esplendor de fuego.
Sodoma! Gomorra!
Tus muros cubiertos
De bóveda ardiente
Nunca así se vieron.
La nube abrasada,
O pueblos perversos,
Se place en quemaros,
Y su ardiente cuello
Vomita sus rayos,
Su azufre, su fuego
Sobre vuestras frentes,
Y se place en ello.

Despierta asustado
El infame pueblo,
El que ayer danzaba
Sin mirar al cielo.
Sus palacios se hunden,
Y en tristes encuentros
Se rompen los ejes
De carros soberbios.
Y en plazas y calles
La turba con miedo
Vé arrastrarlo todo
A un rio de fuego.

Colosos de piedra,
Sus torres son lecho
De mil moribundos
Que mueren durmiendo.
Las calles sembradas
De dioses, de muertos,
De piedras se ven;
Y junto á los templos
Parecen hormigas
Y gusanos negros,
Colgados á un muro
Que se está cayendo.

De la lluvia horrenda
¿Por qué huyen los necios?
Todo allí perece,
La llama cual trueno,
Los puentes deshace,
Aplasta los techos,
Cae, rueda y quema
Techo y pavimento,
Frente, rostro y brazos,
Y su chispa ardiendo
A polvos reduce
Los muros del pueblo.

Cada chispa crece,
Y es un nuevo fuego
Horrible y que abrasa.
Sombra del infierno,
Mas rápido corre
Que un corcel sin freno.
Y el ídolo infame
Sin hombres ni templo,
Con rabia retuerce
Sus brazos de hierro;
Y brama y se agita
Y de los dos pueblos
Las torres de plata
Toca con estruendo.
Su ola verde y rosa
Los muros royendo,
Con luz los adorna

De colores ciento,
Cual conchas hermosas
De cambiante insecto.

Cual cera derrite
El pórfido y hierro,
Ágata y piedras
Que muertos cubrieron;
Y cual mimbre dobla
Un gigante inmenso,
Y cada columna
Su tronco encendiendo
A lo lejos era
Una antorcha ardiendo.

En vano los magos
De dioses horrendos
Imágenes llevan;
Y el rey se alza en medio
Con túnica blanca
Entre escombros negros;
La ola que él mira
Arrastra sus templos
En medio sus pliegues
De sangre y de fuego.

Mas lejos arrastra
Un alcazar régio
Do grita quemado
Un inmenso pueblo.
La luz incendiaria
Sus dientes ha puesto
En aquel islote
Que baja hasta el suelo,
Nada un solo instante,
Hundiéndose luego,
Y al fin desparece
Cual trozo de hielo.

El gran mago llega
Al sitio desierto;
Su tiara entonces,
Cubierta de fuego,
Cual faro lucía;
Sin color ni aliento
Su mano levanta,
Y mas alimento,
Al fuego prestó,
Y de allí á un momento
Mitra, mano y frente
Vinieron al suelo.

Mugeres y hombres
Corren sin aliento,
Las llamas los ciegan,
Y todos muriendo
Ven guardar la villa
A nubes de fuego,
Y asustados lloran,
Y miran al cielo,
Y allí solo encuentran
Otro nuevo infierno.

Y se cuenta que entonces, cual cautivo
Para ver un suplicio se incorpora,
Así Babel, la infame corruptora,
Miró desde su torre el fuego vivo.

Durante este misterio resonaba
Un ruido que el mundo no entendia,
Y escuchó su fatídica armonía
El pueblo que la tierra cobijaba.

Fué el fuego sin piedad!... Ni un condenado
Se escapó de estos muros derruidos;
Mas cada cual oraba;
Y al darse el beso último, asustado,
¿Qué dioses nos persiguen corrompidos,
A otro preguntaba?

Contra el fuego de Dios, fuego del cielo,
Bajo techos de mármol se anidaban;
Insensatos, qué hacian?...
Hechos polvo rodaban por el suelo
Aquellos dioses mismos que invocaban;
Sus lágrimas de lava allí caian.

El hombre y la ciudad, el campo y frutas
Todo despareció bajo del fuego,
Dios todo lo quemó;
Y huyeron las ciudades disolutas,
Y el viento abrasador que corrió luego
Las montañas cambió.

o

Hoy crece la palmera
Sobre la roca impía,

Y vive solo un dia
Y el aire la arrebata á la ribera.
El pueblo aquel se hundió,
Nada hay que vivo sea,
Y un lago se elevó
Que como fragua humea.

J. DE S. Y Q.

Las rosas de la playa.

Era la noche, y al feliz descanso
La tierra envuelta en sombra se rendia,
Cuando soñé que, suspirando y solo,
Lentamente mis pasos dirigia
A la orilla del mar. Solo veia
Mudas rocas antiguas como el mundo
Por el inmenso piélago azotadas,
Y arenas solamente visitadas
Por mi intenso penar. Dichoso asilo
Que á la orfandad mi dulce patria ofrece,
Santuario hermoso de virtud que brindas
A la afligida ancianidad consuelo,
Ay! no pudiste cuando á ti los ojos
De llanto hinchados revolvió Fileno,
Volver la paz á su convulso seno!
O cómo es grato al corazon que sufre
Gemir con libertad! y cuanto place
Al alma atormentada, á quien severa
Manda la suerte sin cesar pesares,
La dulce soledad de la ribera
Y la vista imponente de los mares!
A su orilla en mi seno discurria
Como discurre suspirando á veces,
Reclinado en el túmulo espantoso
De una esposa infeliz, su tierno esposo;
Y amaba el padecer y el llanto triste,
Y el suspirar amaba. De repente
Se calmó mi dolor. Un aire puro,
Mas grato que la brisa susurrante,
Cuando las flores mueve retozando,
Mas que el clavel y que el jazmin fragante
Sentí en torno de mí! Con qué dulzura
Se dilató mi comprimido pecho
Al respirar su aroma deliciosa!
Era un rosal plantado en la llanura,
Y entre sus verdes ramas una rosa,
Solitaria y purpurea aparecia,
Bella como la antorcha nacarada,
Que anuncia al mundo el luminar del dia:
Modesta con su forma encantadora,
Y su color, y su preciada esencia,
Cual el dulce reir de la inocencia.
Hechizo de las playas solitarias,
Encantadora flor, ¿porqué naciste
Sobre esta roca abandonada y dura,
Y en árido arenal, tú que debiste
Reinar en el jardin por tu hermosura?
Tal vez temiendo que atrevida mano
Del mundo en los vergeles insultara
Tu modesta beldad, ó que del vicio
El soplo asolador á ti llegara,
Buscaste este lugar. . . . . .
. . . . . .
. . . . . Aquí, dolido
De mi acerbo pesar, te ha colocado
La mano del Señor por mi ventura;
Como á veces coloca en el desierto
Para aliviar al mísero viagero,
Que lamentando sus pesares viene,
Un lirio inspirador que lo detiene.
Yo te bendigo en tu mejor hechura,
Señor del rayo que en el aire estalla,
Autor del universo, yo bendigo
La rosa encantadora de la playa.
Oh! cuanto la amo yo! Cuanto mi pecho
Palpita blandamente á su presencia,
Rebosando placer! Dejad que llegue,
Y que respire su fragante esencia,
Y que mire de cerca los encantos
Que el cielo por mi bien le ha concedido,
Y que bese su caliz encendido,
Y lo vuelva á besar.... ya soy dichoso,
Bella flor, junto á tí... pero mi aliento
Es aliento de fuego, y abrasara
Tu talle virginal. Deja que al menos
Respire el aire puro que embalsamas,
Este aire encantador. Ah! no receles,
Beldad angelical que quien te adora
Pueda ofenderte con culpable llama.
Mi amor es como tú, sencillo y puro
Y siempre sabe respetar quien ama.
Aquí vendré cuando en la fresca tarde
Se esconda el sol en las azules mares,
A contemplar tus gracias seductoras,
A olvidar con tu vista mis pesares,
A ser feliz; y cuando airado el tiempo

Ose insultarte, y caigas deshojada,
Caerán tus hojas en mi tumba helada.
Imagen celestial y candorosa
De la encendida flor que vi en mi sueño
Belleza angelical, tú eres la rosa
Y la beldad amable porque ciego
A todas horas con placer deliro;
Tuyo será mi corazon de fuego,
Tuyo será mi postrimer suspiro.

Con placer hemos visto establecerse en nuestra corte una agencia de traducciones unida á una academia de idiomas estrangeros y del nacional. Tal institucion era reclamada por el espíritu del siglo. El precio exhorbitante que los traductores privilegiados por el gobierno despótico exigian, no tenia balanza ni competencia alguna, arruinaba, por decirlo asi, á los que no podian pasarse sin ellos. Ahora, no sucederá asi, y bajo este punto de vista, le miramos como un verdadero progreso.-En cuanto á la academia, basta para su elogio, el generoso desprendimiento de los socios, desprendimiento que les hace acreedores á la gratitud pública. Bien conocido es á todos el vacio que el despotismo y tantos siglos de opresion y de persecucion tanto civil como religiosa nos han impedido llenar. La era nueva que se abre delante nosotros, exige ademas de una buena voluntad y de un corazon puro y heróico la generalizacion de los conocimientos que nos faltan y que no podemos satisfacer con nuestra propia literatura. Los paises mas adelantados con quienes desde el dia tendremos relaciones, ora por la semejanza del sistema gubernativo que nos rige, ora por el comercio, ora por las ciencias y nobles artes, son vecinos nuestros, y el conocimiento de su idioma, facilitará, no solamente todas estas relaciones y conocimientos, sino tambien nos conducirá en medio de las carreras sin esfuerzo.

Es por lo tanto muy útil este establecimiento que por lo moderado de sus precios (40 rs. al mes) da entrada á todas las clases de la sociedad y á todas las fortunas sin distincion. ¿Quien en esta corte á pesar de sus muchas ocupaciones y agravios de la guerra civil, no podrá disponer de una ó dos horas al dia y 40 reales al mes para su ilustracion?... Ciudadanos celosos de nuestros derechos y engañados tantas veces, debemos en nosotros propios buscar la causa de nuestros males.—Su residencia no puede estar en otra parte. Nuestra posicion geográfica, nuestro productivo suelo y hermoso cielo, deben inspirarnos el orgullo de la grandeza de que debemos gozar despues de tantos sacrificios y sufrimientos! Sin embargo nada lograremos sin trabajo, actividad é instruccion.—Aprovechémonos pues de las circunstancias.—La época, el siglo, nos convidan á hacerlo; obedezcamos á su voz para ser dignos de nosotros mismos, y de nuestra felicisíma posicion.

Este establecimiento está abierto todas las horas del dia y situado calle de la Victoria núm. 3 cuarto principal.

Este siglo, al cual nos hemos empeñado todos en llamar siglo de hierro, era de materialismo, época de transicion, parece que ha tomado á su cargo escupirnos al rostro tantos ejemplos de lo injustos que con él somos, que al fin tiene que lograr avasallarnos y hacernos confesar que lo calumniamos. Donde quiera que dirijamos nuestras miradas escudriñadoras, alli encontraremos qué admirar, no restos de épocas que han sido, sino cimientos de edificios que serán. La generacion que espira nada nos ha enseñado — nuestros maestros tienen que ser la contemplacion de la naturaleza, la filosofía de las costumbres, y el entusiasmo de nuestro corazon: lo que tenemos dentro de nosotros mismos, lo que existe fuera. No hay que dudarlo, nuestro siglo encierra en sí el gérmen de grandes genios que honrarán nuestra patria; no tendremos ciertamente un *Calderon*, por lo mismo que un pe-

ral no da ubas, ni una viña peras; pero tendremos, no hay que dudarlo, hombres que representen esta época de filosofía, de reconstruccion social. ¿Qué importa que esos genios no hayan alzado todavía la frente?... Seamos nosotros su crepúsculo!...

Hemos asistido el martes último al ensayo de una ópera italiana, palabras del *señor Romani*, música de nuestro compatriota el jóven *don Dionisio Scarlati*. El título de ella es *los Güelfos y los Gibelinos ó Francisca de Rimini*, argumento desgraciado, en que nada felices han sido los maestros *Donizetti*, *Persiani*, &c. &c. El libreto que ha escogido el *señor Scarlati* es magnífico; tiene versos sublimes y situaciones en estremo dramáticas.

No es nuestro ánimo hacer un estenso analisis de la composicion música; es obra de un jóven recomendable por su aplicacion y disposiciones. ¿Se exigirá de nosotros que presentemos aqui el esqueleto de la ópera; qué martiricemos nuestro entendimiento para encontrarle defectos; qué nos demos tono de inteligentes? Muy lejos está esto de ser nuestro ánimo; cortar las alas al águila no entrará jamás en nuestro deseo. Somos muy sinceros apreciadores de esos jóvenes estimables que han nacido en el mismo suelo y casi á la misma hora que nosotros; deseamos de todo corazon su fortuna.

El *señor Scarlati* la merece ciertamente, y mucho deseamos que la empresa, prescindiendo de ridículas y mezquinas rivalidades, haga que se ejecute su primer obra en nuestros teatros; nosotros no responderemos ciertamente del éxito, porque del éxito, quién responde?... Pero sea este cualquiera, nunca dejará de ser muy recomendable el celo de un jóven que se lanza en una carrera poco trillada entre nosotros, y para la cual no está escrito que seamos menos á propósito que los estrangeros.

S.

Hemos oido decir que se estan ensayando dos nuevas operas del maestro Donizzeti: *Lucia* y *Lucrecia*; tenemos de ambas muy buenas noticias; en particular de esta última. Algunos trozos que hemos oido cantar admirablemente en una de las brillantes reuniones filarmónicas del muy acreditado profesor *don Angel Ensenga*, nos han encantado, habiendo contribuido para ello, no poco, el gusto y genio músico de la seductora joven que nos los ha hecho conocer. Revelada por tal intérprete; qué música no es celestial?... Si los ángeles bajasen á la tierra pudieran con sus puros ecos arrobarnos tanto; mas, imposible.

S.

En el establecimiento de la calle de la Victoria núm. 3 cuarto principal se abrirá el 1.º del próximo mes un curso *de derecho natural y de gentes*, á cargo de Don Jacinto de Salas y Quiroga. Las personas que gusten inscribirse, podrán acudir al director de dicho establecimiento.

Si algunas personas gustan que se abra un curso de *historia*, podrán dirigirse al referido director que se prestará gustoso á contribuir tambien de este modo á la propagacion de las luces.

Editor *Jacinto de Salas y Quiroga*.

Este periódico sale todos los domingos; precio 4 rs. en Madrid y 5 en las provincias. Suscríbese en Madrid en la redaccion calle de Jardines, num. 36 cuarto bajo, y en la libreria de la Viuda de Cruz, frente á las Covachuelas; en las principales librerias del reino y en todas las administraciones de correos.

Madrid. Imprenta y redaccion del No me Olvides, calle de Jardines, n. 36.